

# JAIME LUCIANO BALMES

«Nada conozco más grato que ejercer influjo sobre los hombres por el ascendiente de la verdad.»

**Balmes**

No podía faltar en este primer número de nuestra revista un emocionado recuerdo —homenaje y reconocimiento a un tiempo— a la figura señera de nuestro primer filósofo contemporáneo. Y la razón es clara. El ilustre vigitano dio por muchos años nombre a nuestra Escuela Normal masculina. Ya es un motivo para que al pergeñar estas hojas —en las que se condensan apretadamente afanes, inquietudes, ansias y anhelos de servicio— en ellas ocupe lugar de honor el que por propio mérito se alzó como gran maestro de su difícil época, a la que iluminó y guió con la excelencia de su doctrina. Sí, esta razón onomástica sería ya suficiente a justificar aquí la presencia de Balmes. Pero hay otra, y esta es más importante: de la doctrina de Balmes —que fue todo un filósofo, pero no un pedagogo— podemos los maestros entresacar ricas sugerencias pedagógicas, y de su vida extraer interesantes experiencias.

Jaime Luciano Balmes nace en Vich, la romana Ausa, en 1810. El mismo día, 28 de agosto, que la Iglesia dedica a honrar la memoria del Santo Obispo de Hipona, el más profundo y el más ardoroso atleta de la Apologética cristiana.

Su padre, Jaime, era curtidor. Su madre, Teresa, contribuía con su trabajo al sostenimiento de la familia. Tuvo Jaime Luciano nueve hermanos. Estos datos, importantes para establecer la semejanza de nuestro biografiado, se completan señalando el carácter severo y la inflexible norma de conducta de la familia en la que nació y pasó su primera infancia. Hay quien ha querido ver en el especial carácter de su madre —Teresa Urpiá— la clave de la vida de Balmes. Es indudable la notable influencia que esta virtuosa mujer ejerció sobre el posterior modo de ser de su hijo. Teresa era uno de esos tipos de honrada mujer de pueblo que hacen de su hogar un santuario, y de la educación de sus hijos un verdadero sacerdocio. De sus labios recibió Balmes las primeras enseñanzas envueltas en la cristiana plegaria; y como que la buena mujer tuviese una especie de presentimiento íntimo, cada día al ir a misa en la iglesia de Santo Domingo, de la ciudad de Vich, se detenía un momento ante el altar de Santo Tomás de Aquino para rogar por el niño Jaime. Que fuese precisamente el santo de Aquino el de su devoción denota en Teresa un alto concepto de la sabiduría.

Cuentan los biógrafos que Teresa solía decirle a su hijo: «El mundo hablará mucho de ti, hijo mío...» Esta profecía se cumplió. Aunque durante los años de su infancia, e incluso durante sus estudios eclesiásticos

menores, nadie sino su madre vio con claridad lo excepcional de la inteligencia de Jaime Balmes.

Jaime tomó la Comunión a los siete años y en seguida ingresó en el Seminario. Sin gran esfuerzo podemos imaginarle como un niño endeble de figura y aventajado de inteligencia; un niño devoto de Santo Tomás de Aquino, a quien sólo Dios sabe si no soñaría con superar en santidad y ciencia; un Balmes en quien ya apuntaban las notas de su firme carácter, reconcentrado, estudioso y ordenado.

A los diez años terminó el tercer curso de latín en el Seminario de Vich, quedando constancia desde el primer momento de su deseo de saber, de su ambición de ser el primero en clase.

En 1820 inicia la segunda etapa de sus estudios eclesiásticos. Se compone de dos años de retórica, tres de filosofía y uno de teología. Se aficiona a la lectura del Kempis, las obras de Fray Luis de Granada, la «Vida devota» de San Francisco de Sales, y, naturalmente, la Biblia. De estos libros —que ya le acompañarán siempre durante su breve vida— bebe las límpidas aguas de su sabiduría.

Su método de estudio revela al hombre. Abría un libro y miraba seguidamente el índice o programa. Fijábase en los puntos más culminantes de la obra, leía con atención los capítulos más importantes, y luego tomaba sus notas entregándose después a la meditación, que solía prolongar mucho, haciendo el trabajo que él gráficamente llamaba de encajonamiento de las ideas, para lo cual se ayudaba de una memoria prodigiosa.

En 1826 comenzó Jaime Balmes sus estudios superiores de Teología en el Real Colegio de San Carlos, de la Universidad de Cervera. Estos estudios fueron posibles gracias a la beca que le fue concedida por don Pablo de Jesús Corcuera, a la sazón obispo de Vich.

En 1833 terminó su carrera y se encontró Balmes frente a los distintos caminos que un clérigo puede tomar una vez que la vida le obliga a decidirse. Antes de ordenarse sacerdote tomó parte en dos oposiciones: una a la cátedra de Teología de la Universidad de Cervera, y otra a la Canongía magistral de Vich. Ambas las perdió al parecer porque Balmes estaba tildado de «negro», es decir, de enemigo del Régimen político imperante.

Ordenado sacerdote volvió a la Universidad a estudiar cánones y a explicar, como profesor auxiliar, la cátedra de Sagrada Escritura. Luego regresó a su ciudad natal recluyéndose en su casa en espera de que los acontecimientos de la guerra y de la revolución que devoraban a España dieran margen a decisiones definitivas. Aquí permaneció dos años entregado a sus estudios personales, encargándose en 1837 de la cátedra de Matemáticas de Vich, porque según

sus propias palabras «el cálculo y la geometría no son cristianos ni carlistas».

En 1839 muere su madre, a inmediatamente se traslada a Barcelona. Comienza una época agotadora para Jaime Balmes.

En 1840 publicó «Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero», que fue favorablemente acogida por los periódicos de Madrid. Alentado por el éxito comienza a trabajar en el «Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea».

A partir de agosto de 1841 sólo vive ya para sus dos grandes pasiones: la filosofía y la política, que atiende simultáneamente con el periodismo.

Publica las revistas «La Civilización» y «La Sociedad», viaja a París y Londres. Escribe sus «Filosofía elemental», «Filosofía fundamental» y «El Criterio», el trío de sus grandes obras filosóficas.

Rápidamente —favorecida por la incansable actividad de Balmes—, la muerte tiende su velo sobre el gran filósofo ausetano. En julio de 1848 su alma entró en el recinto de la voluntad de Dios, al par que su fama se extendía por los caminos de la inmortalidad.

De todas las obras de Balmes, la que presenta mayor interés pedagógico es, sin lugar a dudas, «El Criterio», sabia guía para el descubrimiento de la verdad, «verdadera higiene del espíritu», como lo califica Menéndez y Pelayo, compuesto en el espacio de un mes. En ella hizo una exposición ligera, pero lógica y acertada, de las aptitudes, de la vocación, de la elección de carrera, del carácter, de los métodos de estudio, de la atención... Todo el contenido de «El Criterio» está impregnado en el sentido filosófico tradicional español, y su relación con la pedagogía es evidente. Es un tratado cuyo conocimiento debería exigirse a todos los que, llevados de la vocación docente, se entregan a la enseñanza, y especialmente debería ordenarse su utilización en las Escuelas del Magisterio, hasta convertirse en un auténtico vademecum de todo docente español. Serviría para que los educadores, maestros y profesores realizaran la gran obra nacional de devolver al pueblo español el sentido espiritualista y a la vez práctico, la sensatez al par que la alteza de miras, el arte y el equilibrio para juzgar con acierto de las cosas y de los hechos concretos, junto con una visión nacional y cristiana del mundo y de la vida, cualidades que en grado tan eminente brillaron otros tiempos en gobernantes y gobernados, sabios y hombres del pueblo.

Balmes llevaba escrito en su frente un destino providencial que supo cumplir fielmente en el breve espacio de una vida relativamente corta, pero llena de admirables obras que serán la admiración de las edades. No fue Balmes un genio de fugaz llamarada, uno de esos brillantes meteoros que por un momento fascinan con la deslumbradora claridad de sus rayos y se hunden rápidamente en el ocaso, dejando sólo en pos de sí un vago recuerdo, sino que fue un astro de primera magnitud que derramó en torno suyo rauda-

les de purísima luz haciendo sentir su fecundante influjo en las más altas esferas de la sociedad humana.

Su gran talento anduvo siempre acompañado de una fuerza y entereza de carácter tal que raros casos pueden hallársele semejantes en los gloriosos anales de la humanidad.

Fue Balmes un gran carácter y bajo este punto de vista hemos querido considerarle. Su vida son sus obras, y sus obras representan y sintetizan toda su época de la que fue insuperable maestro. El mundo civilizado le rindió fácilmente el vasallaje que jamás niega al talento, y mucho menos a las almas soberanas que llevan el irresistible prestigio de un destino providencial. El suyo lo fue.

ANTER-MO  
2.º Magisterio - Nocturno

## DE NUESTRA FIESTA de NAVIDAD



Dos momentos del festival de Navidad: Arriba, los profesores visitando las aulas adornadas por los alumnos. Abajo, una vista del salón de actos en el momento en que la profesora de música dirige los populares villancicos.